

Doliente y solo, donde el llano empieza,
se tiende el cementerio campesino
y en la vasta penumbra el vespertino
viento suspira y la colmena reza.

Nada turba su mística tristeza;
nada, y en el invierno peregrino
se dobla alguna cruz ante el camino
y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas,
haciendo misteriosas rogativas,
se echan por calentar las sepulturas,
y, dirigiendo al cielo sus ojazos,
ven una cruz de estrellas cuyos brazos
se abren sobre las huérfanas llanuras.

En una de sus frecuentes excursiones por los Llanos, iba Rivera una vez con un compañero, cuando oyó que de un bosquecillo a un lado de la senda salían ayes y alaridos.

Pusieronse en escucha los dos viajeros y, como los ayes seguían, diéronles de las espuelas a las cabaigaduras y penetraron al bosquecillo.

Era una escena semejante a una de las primeras aventuras de Don Quijote: un habitante blanco de aquellas regiones estaba dándole de latigazos a una pobre india que gritaba desesperadamente.

Rivera, sin apear-se, le arrebató el látigo al vapulador, en tanto que le gritaba:

—¡Cobarde!... guache!... canalla!... ¡Así no se trata a una mujer!

El otro, que p
requirió el revólver

—Para usted ta
Rivera dio un
ferozmente al caba
bre el grosero gañ
como un pelele. E
se apeó y, ya con
dijo al otro:

—Voy a darte o
por esta pobre ind
a quienes habrás r
mi madre.

Dicho esto, esg
bre las mejillas de
roja.

El hombre lanz
ecos nemorosos. R
el látigo pintó una
mejilla del gañán,
manos en implorac

—Perdóneme,

El poeta guard
azotado, se lo entr

—Tóme su rev
palda si quiere. L
gazos en nombre o